

atado a convenciones más férreas. Pero ojalá me equivoque y ya exista aquí un círculo de receptores capacitados para asimilarla sin escándalo. El hecho de que sus editores sean una de las

colecciones de mayor prestigio en la Península puede estar indicándonos que ya ha llegado un tiempo nuevo de reencuentro entre la poesía en castellano de las dos orillas. □

El fin de una época

Esteban Hernández



**CONVERSACIONES
CON GIULIO EINAUDI**
Severino Cesari
Traducción de
Esther Benítez
Trama
Madrid, 2010

Retrato de una época, descripción de personajes básicos en la cultura italiana del siglo xx y análisis pormenorizado del funcionamiento de un sello editorial, este volumen de memorias de Giulio Einaudi, (notorio antifascista e hijo del que fuera presidente de la República italiana a finales de los años 40) disfrazado de conversación con el periodista Severino Cesari (responsable en los años 80 de las páginas culturales de *Il Manifesto* y devenido editor en los años 90) se beneficia de numerosos puntos de interés que hacen el texto plenamente disfrutable desde una perspectiva puramente histórica. Sin embargo, y es uno de sus grandes méritos, la obra va bastante más allá del simple testimonio o de la mera recopilación de acontecimientos, al escarbar sus autores, a través de atinadas reflexiones, en asuntos centrales para el futuro de la edición.

En buena medida, estas *Conversaciones con Einaudi* también son un recorrido a través del valor asignado al libro a partir de la segunda mitad del siglo xx. Así, el instante en que Einaudi comienza a desarrollar su actividad, que es justo cuando el Estado del bienestar despliega sus primeros efectos, es un momento de inesperadas ansias formativas y culturales: ese público iletrado que se socializa en las exigencias educativas de la Europa de los Treinta Gloriosos empieza a percibir la cultura como un elemento imprescindible para el ascenso social, idea que repercute especialmente en las generaciones más jóvenes. En ese contexto, el libro se convierte una oportunidad de primera magnitud. Y Einaudi, sabedor de que el público no se encuentra sólo en las librerías, opta por salir a su encuentro con experiencias llama-

vas que van desde sus Motolibros hasta la Semana del Libro, pasando por un *Notiziario* que trasciende el carácter de boletín para convertirse en una publicación con importantes firmas. Pero la más importante de sus estrategias fue la venta a plazos, alcanzando un buen número compradores (de «amigos») que adquirirían productos de calidad muy alejados de las habituales enciclopedias de la venta puerta a puerta. La otra gran innovación de Einaudi, dejando de lado el plano comunicativo, fueron los librobuses, que recorrían los pueblos que carecían de librerías. Era época, como afirma Einaudi, de «construir» al lector, algo que logró hacer «informándolo y tratándolo como a un público adulto».

Pero ese tiempo de prestigio no duraría mucho, y enseguida el libro dejó de tener esa pátina prestigiosa para ser asumido como un producto de venta más. Einaudi dice ser consciente de que la tarea del editor no sólo es saber elegir los textos, sino que engloba un buen número de funciones, caso de «la presentación tipográfica, el arte de dar a conocer lo que publicas, el arte de las relaciones sociales...Y el arte de vender». Pero reconocer dicha función no significa planificar todo desde esa perspectiva. En este orden, las reflexiones de Einaudi acerca de lo que llama «edición sí» sintetizan buena parte de las tensiones que el mundo del libro ha vivido en las dos últimas décadas. Si la editorial italiana creció apoyándose en el catálogo, «sin dejar morir un solo libro que tuviera valor, con reposición inmediata de los títulos válidos que faltasen en la librería en el momento del control», si calibró las tiradas «según las

exigencias del lector y no según las del editor», y si ponía el departamento comercial al servicio de las obras que tenía y no a la inversa, era porque enfocaba su tarea desde una perspectiva muy alejada de las formas de gestión actuales. A ellas se refiere Einaudi cuando habla de «edición no», esto es, de una clase de empresas que trabajan sólo pensando en el presente y que inundan las librerías con miles y miles de ejemplares de títulos de baja calidad. Y aunque constata que las últimas décadas han pertenecido a este tipo de edición, Einaudi no deja de ser optimista, esperando que, quizá pronto, se pueda tomar «conciencia de la nueva y posible posición de la escritura como instrumento de densidad y de medida en un mundo que tiende a lo vacío y a lo informe».

El otro gran elemento diferenciador de la editorial, y que el libro aborda generosamente, fue su carácter colectivo. Las reuniones de los miércoles por la tarde, en las que se discutía sobre autores y libros a publicar, fueron calificadas por Norberto Bobbio, uno de los participantes, como una peculiar forma de democracia. Allí se llevaban a cabo procesos de toma de decisión que, por muy delicados que resultasen, nunca caían en el error del autoritarismo. La editorial, por tanto, aun cuando pudiera encarnarse en una figura, no puede ser entendida más que como una entidad colectiva, habitada por puntos de vista y visiones del mundo diferentes que discuten, se enfrentan, se ilusionan y ponen en marcha proyectos comunes. Ciertamente, advierte Einaudi, el método no asegura el resultado: también una gran editorial puede partir de estas premisas organizacionales para acabar confeccionando el tipo de producto banal que hoy inunda las librerías. Como afirma el editor italiano, no son infrecuentes las reuniones en las que un directivo dice que hay que tener un *best-seller* para el próximo año, interviene el sociólogo explicando los gustos del público y las tendencias para ese año, el responsable comercial advierte que el libro no puede pasar de x páginas para que pueda ser vendido al precio z, y así sucesivamente, hasta que se termina encargando a un escritor de pluma fácil un libro de amor con final dramático y con personajes definidos de antemano. Por eso, que en el proceso de toma de decisiones prime la colaboración no debe oscurecer el hecho de que «lo importante es saber elegir a los hombres, saber cómo encarar

los temas y saber unir una cosa y otra», algo que Einaudi afirma haber sabido hacer.

Más autocrítico se muestra en lo que se refiere a las formas en que encaró los momentos de crisis. El primero, surgido en 1963 a raíz del caso Fofi, esto es, de la publicación o no de un libro de Goffredo Fofi sobre los inmigrantes meridionales en Turín, y cuyo trasfondo era la pérdida de peso en la editorial que estaban sufriendo las posiciones de izquierda. La divergencia real, según Einaudi, era entre dos modelos culturales, el que entendía que debían dar un paso al frente y dirigir la cultura de su época y el que creía que esa actitud no era otra cosa que reformismo y oportunismo (o, dicho de otra manera, el enfrentamiento en Einaudi no fue más que el correlato cultural de la tensión entre esas posiciones políticas que entendían que la izquierda debía optar a gobernar y quienes pensaban que esa posición no llevaría más que a un reformismo de carácter menor). Ganó la primera, pero al precio de caer en una atonía mortal, según asegura el editor. En realidad, tal crisis, de la que Einaudi era muy consciente, era el reflejo de otras de mayores dimensiones, las que traía un mundo que comenzaba a moverse a notable velocidad, que introducía nuevos conceptos y demandaba nuevos instrumentos teóricos y que estaba dejando de lado al libro como instrumento crítico. En ese momento los editores, afirma Einaudi, dejaron de arrojar libros incómodos a la cara de un mercado hostil e indiferente. «Y así nos va...», sentencia.

El segundo momento duro lo vivió Einaudi cuando no supo encontrar la manera de reubicarse en el nuevo contexto económico. Su idea de reorientarse como editorial de calidad «cuyos destinatarios eran la franja alta del mercado homologado» chocó con ese problema tan contemporáneo de la financiación. En la medida en que la empresa no poseía grandes capitales propios y que tenía muchos compradores a plazos, dependía en exceso de los bancos y de sus entonces elevados intereses. A pesar de que la política editorial era la adecuada («nunca se perdió dinero con un libro o con una colección», apunta Einaudi) y de que las cifras de venta eran positivas, el endeudamiento llevó a la empresa a una situación muy precaria que acabó con ella: como muchas otras editoriales independientes, acabó siendo adquirida por un gran grupo. Un destino final al que también contribuyó su carácter de compañía políticamente orientada, algo

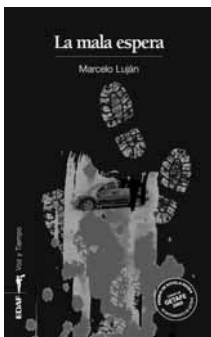
que siempre tiene sus peajes, según Einaudi: a pesar de ser una firma saneada, nadie quiso invertir en una editorial que no iba a estar claramente al servicio de quien ponía el dinero.

En definitiva, estas *Conversaciones con Einaudi* resultan notablemente atractivas desde diferentes enfoques, ya sea por la fiel descripción de la intrahistoria de la empresa, por el peso de los personajes que cruzan por sus páginas (Leone Ginzburg, Italo Calvino y Cesare Pavese, Norberto Bobbio, Elio Vittorini, Natalia Ginzburg

o Primo Levi) o por la inteligencia con que Einaudi describe el entorno editorial. Pero también porque, más allá de estos factores, aparece una sensación involuntariamente nostálgica, como si Einaudi no estuviera repasando los hechos vividos sino afirmando el fin de una época y de una clase de edición. En este sentido, estas interesantísimas conversaciones con el editor italiano también pueden ser leídas como una constatación de que, desde hace treinta años, los tiempos no han hecho más que ir a peor. □

Felicísima noticia

Lorenzo Silva



LA MALA ESPERA
Marcelo Luján
Edaf
Madrid, 2009

Hay premios que son una oportunidad para una novela, pero también hay novelas que son una oportunidad para un premio. Como parte del equipo del festival Getafe Negro, bajo cuyo paraguas se entrega el Premio de Novela Ciudad de Getafe, quisiera creer que para Marcelo Luján concurrir a éste con *La mala espera* y ser proclamado ganador, fue esa buena oportunidad que ansiaba y buscaba para su historia. Pero como lector (y también, desde otro punto de vista, como impulsor del festival), he de decir que tener entre las concursantes de la edición de 2009 —la primera en la que el premio se especializaba en el género negro—, un relato de la fuerza y la altura del que nos ocupa, fue una oportunidad que el premio no podía dejar de aprovechar. Por eso Marcelo Luján resultó vencedor, con el respaldo entusiasta del jurado. Y es que *La mala espera* es un libro importante por muchas razones, de las que tan sólo aspiro a desgranar aquí una parte, y siempre con ese pudor irrenunciable al que en su día se refería Franz Kafka cuando juzgaba los escritos de su joven amigo Gustav Janouch: el de ser un acusado ante el mismo tribunal cuyo veredicto se le pide que redacte para quien, después de todo, no es sino un compañero de banquillo. Pero quisiera dejar bien claro, dicho lo anterior, que no me condiciona en nada de lo que voy a decir a

renglón seguido la más mínima indulgencia; creo que ésta, si acaso, puede legítimamente mover al silencio piadoso, nunca al pronunciamiento favorable.

Para empezar, me asiste la clara convicción de que Marcelo Luján adquiere con esta novela, y por derecho propio, un lugar de singular valía en la narrativa contemporánea en español. Y ello al tiempo que conquista, con su debut, un puesto más que aventajado en el pelotón de la literatura negra del Territorio de La Mancha. Nuestro autor es un americano que se ha venido a Europa, un argentino trasplantado a España, junto con tantos otros latinoamericanos, y que en su obra acierta a abolir ese anchísimo océano que mantiene tan tristemente fracturada la hispanidad en las últimas dos décadas. En las páginas de su novela, no sólo se mezclan las calles del viejo y melancólico Buenos Aires con las del viejo y canalla Madrid, que alimentan por igual las zozobras y sirven de escenario parejo a los sueños y las pesadillas de su protagonista, otro emigrante porteño en la capital del Manzanares. También se mestizan, en gozoso híbrido verbal, los giros y los matices del español de acá y acullá, los argentinismos y los madrileñismos, sin olvidar esas ráfagas de aire del Caribe o de los Andes que sueltan al aire que pintara Velázquez otros personajes que comparecen en